

distinciones que ensalzan al hombre en la tierra, nos degradamos y abatimos; y que hay un medio mucho mas seguro para ser glorificados, y es el de conocer nuestra miseria, el de llorar y sufrir la humillacion con paciencia, y esperar la gloria de vos solo, que sois el principio y el origen verdadero de ella. Así sea.

DOMINGO XVII.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS EPHESIOS,
cap. 4. v. 1. 6.

Hermanos : Así os ruego yo el prisionero en el Señor, que andeis como conviene á la vocacion, con que habeis sido llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, sobrellevándoos unos á otros en caridad, solícitos en guardar la unidad del espíritu en vínculo de paz. Un cuerpo y un espíritu, como fuisteis llamados en una esperanza de vuestra vocacion. Un Señor, una fe, un Bautismo. Un Dios y Padre de todos, que es sobre todos, y por todas las cosas, y en todos nosotros.

INSTRUCCION.

No es de admirar, hermanos míos, que en los primeros siglos del christianismo; es decir, quando los dogmas de la fe apenas eran conocidos de los fieles, y quando los principios de la moral no estaban suficientemente des-
 envueltos, se creyesen obligados los Apóstoles á insistir tanto sobre el precepto de la caridad mutua, y que diesen freqüentes reglas para su observancia. Habia en efecto tanta diferencia sobre esta materia entre la ley Judaica y la Evangélica, que era indispensable que los Ministros de ésta rectificasen con sus instrucciones los abusos que se habian introducido por el descuido, y la codicia de los Ministros de aquella.

Pero ahora que este precepto se halla ya sólidamente establecido; ahora que ya se sabe que el ódio del próximo es incompatible con el Christiano; que no se puede pertenecer á una ley de mansedumbre, rompiendo la unidad y la paz; y que no puede

haber derecho á un testamento que todo es misericordia y caridad, conservando el rencor y la ira; ¿por qué causa se ven obligados los Ministros de la palabra santa á instruiros tantas veces en una misma verdad? Será para decir á los Christianos que pecan si la ignoran, y para reanimarlos á la práctica de una obligacion que no pueden desconocer sin una especie de apostasia? En efecto, hermanos míos, estos motivos son muy poderosos y ciertos para que dexemos de hablarlos de una verdad tan importante. Muchos son Christianos sin conocer toda la extension de la ley, y muchos, ó por mejor decir el mayor número, la conocen, sin tomarse el trabajo de observarla. Por tanto en esta instruccion me dirigiré singularmente á estos, á fin de que salgan de un error, y comprendan, segun es, un precepto que les parece tan difícil. Prestadme atencion.

¡Qué admirable es la sociedad de los Christianos! ¡Qué preciosas las ligaduras que los unen! ¡Qué diferencia entre sus relaciones mutuas, y las que hay en la mayor parte de las sociedades, y de los imperios! Las di-

visiones y las querellas que se suscitan en este cuerpo, no provienen como en todos los demas del vicio intrínseco de sus leyes, ó de la injusticia de sus miras, sino de la poca fidelidad de algunos de sus miembros en la observancia de las reglas que se prescriben á todos. Sé muy bien que el estado mas bien gobernado no está libre de turbaciones, porque la multitud misma de sus ordenanzas y reglamentos es causa frecuentemente de los pleytos y de los abusos. Yo no me admiro de que las sociedades que tienen por objeto la disipacion, el interes, ó el crimen, se disuélvan tan pronto como se forman; porque cada individuo tiene pasiones mas ó menos violentas, y éstas son las que por lo comun prevalecen. Pero entre los Christianos todo es justo en los preceptos, porque un Dios los ha dictado por sí mismo: todo es simple en las reglas, porque ellas se limitan á tributar á Dios el culto y el respeto que se le debe, y á dar al próximo aquellos auxilios que nosotros mismos tenemos derecho de exigir de él: todo es santo con relacion al motivo, porque la voluntad de Dios determina, la es-

peranza en Dios sostiene, la gracia de Dios comunica la virtud de obrar, porque todo viene de él: todo conduce á él, todo se hace en él. Si siempre mirasemos nuestra ley baxo este punto de vista, no tendríamos necesidad de que se nos traxese á la memoria esta exhortacion del Apóstol: os ruego que andeis como conviene á la vocacion con que habeis sido llamados con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, sobrellevándoos unos á otros en caridad. ¿Pero qué pocos Christianos piensan en esta vocacion, y la estiman como se merece? Decidme, hermanos míos, ¿empleais mucho tiempo, no digo en un dia, sino en una semana, en un mes, en un año, para reflexionar sobre el precio de vuestra vocacion; para estudiar las obligaciones que os impone; para meditar las esperanzas que os presenta; para dar gracias á Dios de que os haya preferido á tantas naciones, que quizá hubieran hecho mejor uso de las gracias que habeis recibido? ¿No debereis avergonzaros de que estas naciones hayan sido mas fieles que vosotros en la observancia de la ley natural; que este solo precepto haya

hecho en ellas mas impresion que la gracia de Jesu-Christo en vuestros corazones? Jesu-Christo mismo cita en el santo Evangelio virtudes morales, acciones de justicia y de sabiduría que han hecho los paganos, las quales serán en el día final la vergüenza de los que deben añadir á estas virtudes las del Christianismo.

Lo repito otra vez, no resistais el consejo del Apóstol: procurad conducir de una manera digna del estado á que sois llamados; y estudiad con tesson sus principios elementales: practica en todo la humildad, la dulzura y la paciencia, estas tres virtudes que hacen la esencia del Christianismo, porque ellas pertenecen á Jesu-Christo que las adoptó y siguió como qualidades distintivas de la religion, que debía predicar á los hombres.

La humildad. Jesu-Christo ha probado con su exemplo que ni la clase, ni los títulos, ni los talentos, ni las fortunas son capaces de dispensarnos de esta obligacion. Por esto ha baxado del cielo á la tierra, ha renunciado al trono de sus padres, ha escogido la vírgen mas humilde, se ha visto ro-

deado de la desnudez y la pobreza, ha vivido sin bienes, sin posesion, sin derechos, sin esperanzas, y ha muerto, sin llevar consigo mas que la desnudez y los oprobrios. Por tanto debe exígir de sus discípulos que vivan renunciándose á sí mismos; que conserven en los bienes y ventajas que la Providencia les concede el espíritu de simplicidad y de modestia; que tengan siempre delante de sí su flaqueza para solicitar su gracia; que consideren sus pecados para excusar los de sus hermanos, y reprehende ese ayre de altivez y de desprecio, que distingue de tal manera á los hombres entre sí, que parecen de una naturaleza diferente. En fin Jesu-Christo, que es la misma humildad, reprimirá toda la hinchazon del corazon, abatirá todo orgullo, y castigará con una confusion eterna á todo el que se atreva á ensalzarse á sus propios ojos, y á distinguirse de sus hermanos con un exterior de amor propio y de fausto. El Apóstol, por esta causa, pone la humildad á la cabeza de las disposiciones que prescribe hoy á los primeros fieles, como la mas propia para acercarnos á Jesu-Christo.

La mansedumbre está en un grado casi igual, porque tambien ha pertenecido esencialmente á Jesu-Christo, y así dice en el santo Evangelio: aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. En efecto en él tienen su cumplimiento los oráculos que le habían anunciado como el mas dulce de los hijos de los hombres; de manera que teniendo tantos títulos y motivos para quejarse, no se le oíría ni una sola palabra contra sus calumniadores y verdugos. Estas profecías deben persuadir á los Christianos que la mansedumbre ha de ser su carácter; que aquel que ama las disputas, que las busca y las siembra, es indigno de un nombre que solo anuncia la paz; que no hay pretexto alguno que pueda autorizarlo á romper la unidad y la paz, porque Jesu-Christo la ha comprado al precio de su sangre, y que por consecuencia degenera de su vocacion si se forma la costumbre de contradecirlo todo, de contestar sobre todo, de resentirse de una palabra que á las veces se escapa inadvertidamente, de afligir y tratar mal á sus inferiores, y á todos los que la Providencia ha constituido baxo de

su dependencia, y que este carácter de acrimonia es un indicio el mas cierto del secreto orgullo que devora su alma.

La paciencia, por el contrario, nace de estas dos disposiciones. El Christiano manso y humilde sufre sin quejarse, y muchas veces con alegría, porque al exemplo de Jesu-Christo, no tanto piensa en el instrumento de que se sirve Dios para probarle, como en el principio de sus trabajos, y en el fin á que se dirigen. En las injusticias que le hacen encuentra el remedio de las que ha cometido, y en los agravios que recibe, y en los bienes que pierde un preservativo contra el mal uso que ha hecho de ellos. Nunca se irrita contra su próximo, porque conoce la necesidad que tiene de clemencia y de misericordia; y si alguno le ofende, perdona facilmente, porque considera que su conducta con respecto á su hermano ha de ser la medida de la indulgencia de Dios para con él. Por tanto, Christianos, sed humildes, mansos y pacientes, y procurad que estas tres disposiciones esten bien arraygadas en vuestro corazón para sobrellevaros los unos á los otros. Pero si esta obligacion es

la mas esencial de las que nos prescribe la moral christiana, tambien podemos decir que es la mas difícil de observar, y la que en realidad se practica ménos. El amor y la tolerancia mutua encuentra tanta oposicion en nuestro corazon, y en el del próximo, que se requiere un gran fondo de mansedumbre y de humildad para vencer la repugnancia, que la naturaleza nos inspira á esta obligacion.

Hay en nosotros una inclinacion ordinaria á seguir todo lo que nos agrada: tenemos un carácter acomodado á nuestro modo de pensar: un gusto decidido á los objetos que nos han hecho mas impresion: unas opiniones conformes á las luces que hemos adquirido, á las preocupaciones que hemos adoptado, y muchas veces á los errores en que hemos incurrido: un apego á nuestro propio sentido que nos hace tercios en defenderlo, y una complacencia extraordinaria en todo lo que hemos imaginado ó practicado; de manera que quisiéramos tener tantos admiradores como testigos de nuestras acciones mismas, y así el menor desprecio nos ofende. ¿Podrémos

con todas estas disposiciones sobrellevamos los unos á los otros? Para esto seria preciso que tuviésemos el mismo genio, la misma disposicion de carácter, y una conformidad perfecta de voluntad, de sentimientos y de gustos; pero Dios ha permitido por el contrario que los caracteres y los humores fuesen todavía mas desemejantes que los rostros mismos. Así acontece repetidas veces que se asocien con lazos los mas estrechos ciertas disposiciones y caracteres que al orgullo hace incompatibles. En una misma familia, en una misma casa se encuentran genios fogosos y arrebatados, que se ven obligados á vivir con unas almas frias que por nada se alteran. Una esposa económica hasta el punto de tocar en la avaricia, tiene á su lado un esposo generoso hasta la prodigalidad: una madre christiana ve que á pesar de sus instrucciones piadosas se forman á su vista monstruos de impiedad y de libertinage. ¿Será posible rodeados de tantas y tan continuas contradicciones, conservar la paz, y tolerar unos defectos tan contrarios á la inclinacion, y al genio de cada uno? Sí, hermanos mios,

el Apóstol nos va á presentar los motivos de estas contradicciones, y despues nos ofrecerá los medios para vencerlas. Sed solícitos, dice, en guardar la unidad del espíritu en vínculo de paz. Un cuerpo y un espíritu, como fuisteis llamados en una esperanza de vuestra vocacion. Nosotros no somos en efecto mas que un cuerpo, pero tenemos una cabeza que debe regir y gobernar los diferentes miembros que le pertenecen: esta cabeza ántes de enseñar el amor mutuo que os prescribe, le ha practicado por sí mismo. Sois un cuerpo que tiene muchos miembros, y los que estan mas enfermos, mas inútiles y doloridos deben ser tan estimados de vosotros como los mas vigorosos y sanos, porque su inconsiderada amputacion podria causar los mayores daños. Sois un cuerpo, y no es posible sin embargo que tengais todos las mismas miras, los mismos sentimientos, los mismos modos de obrar; porque cada uno tiene sus funciones particulares. Debeis pues servirlos de esta diversidad de sentimientos y acciones para instruirlos, para edificarlos, y no para prurumpir en quejas y contestaciones. Acor-

daos que este cuerpo único tiene tambien un mismo espíritu que le conduce, que le anima, que le dirige á un mismo fin, que toma parte en sus operaciones, que todo lo que dicta é inspira este espíritu es comun á todos, bien sea que ruegue, ó que sufra, ó que se derrame en acciones de gracias. Todos los miembros de este cuerpo, y todas las facultades de este espíritu tienen parte en él como que es su propiedad. Ah, qué hermosa seria la sociedad de los Christianos si se conduxese por estas miras! No habria riqueza que pudiese igualarse á la suya, porque en ella reside la vivacidad de la fé, la firmeza de la esperanza, el ardor de la caridad. No habria fuerza capaz de contrarestarla, porque tiene para defenderse todo el poder y la eficacia de la gracia: ella es sabia, porque tiene todos los tesoros de la sabiduría eterna: ella es una porque sus vínculos son mas fuertes que la muerte: ella es dulce, porque la union del Espíritu Santo se derrama todos los dias sobre sus miembros: un solo Señor la gobierna: una sola fé la sostiene: un solo bautismo la santifica. Sí, hermanos míos, un solo

bautismo, y este solo medio de salvacion es el que os traigo á la memoria para que conozcais la necesidad de la union y de la caridad entre los Christianos.

En efecto, todos hemos sido marcados con el mismo carácter de adopcion: todos tenemos las mismas esperanzas, y los mismos derechos: la caridad de Jesu-Christo ha sido derramada en el corazón de todos por el Santo Espíritu, de manera, que como dice San Agustín, un Christiano es otro Jesu-Christo mismo; por tanto si despreciamos al próximo, despreciamos á Jesu-Christo; y si le tratamos mal ó le insultamos, hacemos una injuria notable á Jesu-Christo. Este Señor, dice uno de los Padres de la Iglesia, se ha cargado con los pecados de mi hermano y los míos, á fin de que no me viese oprimido por ellos. En fin, ha querido descargarme de mis pecados personales, atendiendo á que no podia yo expiarlos por mí mismo, y asociarme á sí en la tolerancia de las flaquezas del próximo, á fin de obrar su santificacion y la mia. ¡Qué desconocida se halla esta verdad, y qué olvidada en la práctica!

Nosotros, dice el Apóstol, tenemos un Dios y Padre de todos; pero si paramos la consideracion en las divisiones que reynan entre los hombres, nos parecerá que cada uno tiene su Dios particular, y que no puede servirle sino inmolándole cruelmente á su próximo, contristándole en todo, y echándole en cara las menores pasiones que le degradan: tenemos un Padre, que lo es de todos, y sin embargo cada casa forma no solo una familia diferente, sino un pueblo enemigo que se hace una guerra interminable, y cuya gloria consiste en destruirse reciprocamente, y en reynar á toda costa. Este Padre comun, añade el Apóstol, está entre nosotros; y en efecto, vela sobre nosotros por su Espíritu, se ofrece á nosotros por su gracia, y combate por nosotros, dispensándonos su proteccion y sus auxilios. Este Dios, que se hace tan sensible, es invisible en el mundo, por causa de la perversidad de nuestros corazones; pero sin embargo se acerca á nosotros por muchos medios, porque sabe que tenemos necesidad de su misericordia, de su sabiduría, de su paciencia y de su bondad. Este Pa-

dre tierno lo gobierna todo con tanta prudencia, que si nos ponemos baxo su mano paternal, podemos caminar con rectitud y confianza; pero sin embargo nuestra vida es una continua resistencia á sus miras y designios.

Concluuyamos pues diciendo con el Apóstol, que Dios reside en todos nosotros, ó por mejor decir, en cada uno de nosotros; pero que no obstante muchos Christianos ultrajan su Espíritu y le contristan; que otros son causa de que le blasfemen los que no le conocen, y que la mayor parte le aleja de sí, y le arroja de un corazon sobre el qual tiene derechos imprescriptibles.

¡Dios mio, que no seamos de este número! Morad con nosotros; haced que conozcamos los preciosos efectos de vuestra presencia, y que obremos de manera que demos una prueba con nuestras costumbres de que vuestra sabiduría dirige nuestras palabras á la instruccion y á la edificacion del próximo: que vuestra justicia anima nuestras acciones y las encamina á la caridad y la paz: que vuestras promesas fomentan nuestra esperanza para que caminemos con firmeza por las sendas de la

justicia. Señor, haced todo esto en nosotros en el tiempo, y hacedlo todo para nosotros en la eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,
cap. 22. v. 34. 46.

En aquel tiempo quando los Phariséos oyéron que habia hecho callar á los Sadducéos, se juntáron á consejo: Y le preguntó uno de ellos, que era Doctor de la Ley, tentándole: Maestro, ¿quál es el grande mandamiento en la Ley? Jesus le dixo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento. Este es el mayor, y el primer mandamiento. Y el segundo semejante es á este: Amaras á tu próximo como á tí mismo. De estos dos mandamientos depende toda la Ley, y los Prophetas. Y estando juntos los Phariséos, les preguntó Jesus, diciendo: ¿Qué os parece del Christo? ¿de quién es hijo? Dícenle: de David. Díceles: ¿Pues cómo David

en espíritu lo llama Señor, diciendo: Dixo el Señor á mi Señor: siéntate á mi derecha, hasta que ponga tus enemigos por peana de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo? Y nadie le podia responder palabra: ni alguno desde aquel día fué osado mas á preguntarle.

INSTRUCCION.

La religion santa que profesamos encierra una ciencia muy sublime, pero muy diferente de esas ciencias abstractas que al cabo de muchos años, y largas vigiliassolo dexan nociones vanas, insuficientes é inútiles. La ciencia de la religion es tan sencilla que pueden alcanzarla los mas simples y limitados Christianos, de manera que teniendo la atencion debida, y una humildad sincera, harán sin duda progresos muy rápidos en esta ciencia eminente, que el Apóstol llama ciencia de los Santos. Pero cómo es posible que una religion cuyos misterios son impe-

netrables, cuyo establecimiento es milagroso, cuyo origen es tan antiguo como el tiempo, pueda ser accesible á tantos Christianos, cuyo espíritu no es susceptible de mucha aplicacion, y que por otra parte carecen de grandes luces? La causa, hermanos míos, de que sea tan fácil la inteligencia de esta religion anunciada por tantos Profetas, apoyada con tantos milagros, enseñada por Dios mismo, y que han abrazado con tanto ardor los pueblos mas orgulosos y feroces, es la sencillez misma de sus preceptos, los cuales se limitan á estos dos puntos esenciales: amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y á tu próximo como á tí mismo.

Alegraos pues, Christianos, consolao, almas simples y dóciles, que os quejais de la escasez de vuestras luces para alcanzar los conocimientos sublimes. Sabed que Jesu-Christo no ha escogido á los poderosos y sabios del siglo, sino que ha venido á ilustrar á los mas miserables segun el mundo. Abrid esos libros santos, y ved lo que os enseñan. La ley os habla en ellos de las misericordias del Señor para excitar vuestro amor y reconocimiento: os ha-

bla de las necesidades de vuestro hermano para interesar vuestra sensibilidad, y si estudiáis con la atención que se requiere estos dos objetos, habeis llegado á alcanzar quanto la Ley y los Profetas contienen como mas admirable y necesario.

Estas grandes verdades vamos á conocerlas siguiendo á Jesu-Christo; y así, hermanos míos, preguntémosle con mas sinceridad y humildad que los Fariseos, y sus respuestas serán para nosotros mas abundantes de consuelos, y mas luminosas.

Jesu-Christo habia impuesto silencio á los Sadduceos que negaban la resurrección de la carne. Ellos establecian por principio incontestable que muerto el hombre quedaba eternamente en el polvo del sepulcro, y que desde aquel momento no tenia ya que temer el pecador los suplicios y los tormentos con que la religion le amenaza para atemorizarle, ni el justo tenia tampoco que esperar esa felicidad corporal que la religion le propone para que adopte sus prácticas, y para lisongear sus deseos. Ya podeis pensar qual sería la vida de estos hombres al abrigo

de un sistema tan favorable al libertinage y á las pasiones. ¿No serian capaces de cometer toda suerte de desórdenes supuesta su impunidad? Juzgadlo, hermanos míos, por la vida que llevan en nuestros dias esos espíritus fuertes que entretienen á todos con sus conversaciones, que son el azote mas sensible del dogma y de la moral, reduciendo á problema lo que la fé nos enseña con pruebas tan incontestables acerca de la inmortalidad del alma, de su naturaleza, y de su destino futuro. Juzgadlo por el crédito que ha llegado á conseguir su monstruoso, pero cómodo sistema, cuyas consecuencias se adoptan con mucho gusto, aunque se conozcan todos sus vicios. Juzgadlo por el ayre de insolencia y de altivez que afectan quando algunas almas timoratas y religiosas hablan en su presencia de la incertidumbre de la vida futura, de la seguridad de los juicios de Dios, y de la necesidad de vivir de un modo conforme á la vocacion y al fin de un Christiano.

Estos hombres son mas culpables todavía que los Sadduceos, los quales á lo ménos respetaban los demas dogmas de

la religion, seguian á Jesu-Christo, y callaban quando las razones del Salvador prevalecian sobre las conseqüencias de su sistema; pero los pretendidos filósofos de que hablo no conocen otra autoridad que su razon, ni otras pruebas que los intereses de un corazon corrompido. Jesu-Christo les enseña hoy que el Dios que les ha sacado de la nada no es el Dios de los muertos, y mucho ménos de un espíritu ó vapor sutil y delgado, que no se distinga de los cuerpos mas materiales, sino por una diferente organizacion, como se atreven á enseñar los principales xefes de esta secta, sino que es el Dios de los corazones y de las almas inteligentes y espirituales que ha criado para su gloria, y para un fin digno de su Criador, sobre las quales conservará siempre un dominio directo y terrible; de manera que si le son infieles, no se escaparán de las manos de un Dios vivo, porque no es el Dios de los muertos, sino de los vivos. Señor Jesus, hace tiempo que triunfan estos impios, y por desgracia han conseguido seducir una gran parte de vuestro pueblo. Sus errores se extienden de dia en dia co-

mo una gangrena: levantaos, Señor, y suscitat en el seno de vuestra Iglesia Ministros, que armados con la espada de vuestra palabra, combatan sus doctrinas, y les impongan silencio con tanta eficacia como lo hicisteis á los Sadduceos.

La victoria que Jesu-Christo habia conseguido de estos novadores debiera haber intimidado á los Fariseos para que fuesen mas circunspectos en las quæstiones que proponen á Jesu-Christo; pero admiremos, hermanos mios, hasta qué punto llega el espíritu de animosidad y de venganza. Estos hombres que estaban separados de los Sadduceos, que no tenian con estos enemigos de la sana doctrina ningun interes, y que eran los primeros que levantaban el grito contra la impiedad de sus dogmas, parece que se reunen hoy, porque se trata de combatir un enemigo comun. Su orgullo les persuade que la Sabiduría Eterna se verá precisada á callar en su presencia, y la gloria que se prometen de su empresa, les parece tanto mas lisonjera quanto mas poderoso y formidable ha sido su adversario á los Sadduceos. Podeis contener la ira considerando los designios

de estos hombres presuntuosos? Pero ¿por qué admirarnos, sabiendo, como decía un Profeta, clara y terminantemente, que vendria un tiempo en que los malos formarían sus juntas contra el Señor y contra Christo? Admirémos si é imitemos si es posible la tranquilidad que manifiesta este Divino Salvador quando se atreven á tentarle. El mismo Profeta añade que el Señor tomará sus medidas para disiparlos y confundirlos, y que se reirá y mofará de sus débiles esfuerzos.

Un Doctor de la Ley es el que á nombre de todos se encarga de preguntar á Jesu-Christo con el fin de embarazarle y confundirle en su respuesta; y así le propone la dificultad mas fácil de resolver, pero con toda la malicia de su corazon.

Ya os hemos explicado, hermanos míos, otro pasage del Evangelio semejante á éste en que un Doctor con igual pregunta procura tentar á Jesu-Christo, y con este motivo os hemos advertido que aunque nós sea lícito consultar y preguntar, es muy difícil hacerlo con la sinceridad y docilidad que exigen así la qualidad de los que con-

sultan, como la autoridad de los que deciden. Los Padres de la vida espiritual nos dicen, que no hay cosa mas molesta y difícil, que la costumbre que se han formado ciertas personas de consultar mucho, y de fatigar con preguntas superfluas á los Ministros que han escogido para directores de sus almas. Ellos no reprueban esa desconfianza que suelen tener á las veces de sus acciones, considerando que los Ministros de Jesu-Christo tienen el cargo de allanar á los pueblos los caminos de la salvacion, para dirigir sus pasos por los senderos de la justicia; y que colocándolos el Señor en medio de ellos, ha querido que sirviesen de antorcha para ilustrar sus acciones, y darlos á conocer toda la extension de la ley; pero lo que reprueban es, que muchos Christianos no pregunten sino para hacer una orgullosa ostentacion de su ciencia y de sus virtudes: que otros que se dedican á conocer la verdad no esten dispuestos siempre á seguirla: que algunos no consulten sino para mostrar mas obstinacion y contumacia: que otros sean sobradamente presuntuosos para creerse mas ilustrados é instruidos que

los mismos Ministros; y en fin, que la mayor parte no se acerque sino para tentar.

El Doctor de la Ley, para encubrir mejor el veneno de su pregunta, le concede á Jesu-Christo la qualidad de Maestro, y llevando todavía mas adelante la lisonja y el disimulo, le dice: Maestro, ¿quál es el grande mandamiento de la ley? Pero qué causa podian tener los Fariseos para hacer una pregunta tan fácil y sencilla? Acaso el desprecio, reflexionando que el mas limitado de sus oyentes hubiera podido responder sin trabajo? Acaso el orgullo, para manifestar que conocian las dificultades de la ley? Sea el que quiera el motivo, lo cierto es que Jesu-Christo los reprueba, y que mira su pregunta como nacida de la animosidad y del orgullo de su corazon. Permitidme, hermanos míos, que yo tambien os pregunte hoy ¿quál es el grande mandamiento en la ley? Habrá muchos entre vosotros que puedan responderme? Bien veo que cada uno ha respondido ya á su modo, y que si fuese necesario responderiais aquí públicamente; pero yo no quiero con-

fesiones de boca, sino las de las obras que son las mas seguras, ó por mejor decir las únicas. Sé muy bien que desde la misma infancia conoceis este primer precepto; pero vuestra vida no desmentirá este conocimiento? Ambiciosos, cada uno de vosotros anda afanado para llegar á los primeros puestos por caminos muchas veces criminales, y los mas opuestos á la rectitud y á la justicia: ¿quereis sobresalir siempre á vuestros iguales, amais las distinciones, y pretendéis que os consideren y respeten? ¿Quál es el precepto mejor observado y el mas conforme á vuestro orgullo? Vuestra conducta me está diciendo que es la vanidad.

Escuchad, jóvenes cegados por las pasiones: vosotros no conoceis otros dias felices sino aquellos que pasais en la disipacion y el libertinage: vuestra vida es un círculo continuo de entretenimientos peligrosos: todo lo que desordena vuestras diversiones os fatiga y os importuna. Está bien; pero decidme, ¿quál es el grande mandamiento en la ley? Vuestras costumbres me prueban que es el deleyte y

las pasiones mas vergonzosas.

Corazones interesados, á quienes domina una sórdida avaricia: vuestros deseos son mas vastos que vuestros tesoros, los quales todos los dias crecen á expensas de los pobres, y de vuestras propias necesidades; pero á pesar de este aumento sensible, vuestra sed de amontonar nunca se apaga. Duros é inhumanos con los infelices que llegan á vuestra puerta, vivis en un continuo susto, temiendo que las necesidades públicas os arranquen acaso los tesoros que guardais. ¿Cuál será pues el grande y el único precepto que ocupa vuestro corazon? Sin duda la codicia mas insaciable y mas criminal. Y vosotras, hijas disipadas, vírgenes locas, juventud ligera, respondedme ¿qué dice la ley? ¿Os dice que vuestro cuerpo debia ser vuestro ídolo y el objeto de vuestros cuidados? ¿Por ventura consiste el adorno de una vírgen christiana en esos trages que inventa la moda y que inspira el espíritu de inmodestia y de libertinage? ¿Por ventura os enseña á hacer del Templo del Señor una casa del tráfico el mas vergonzoso, y á prodigar la inocencia? ¿Teneis

pues otra ley que os gobierne? ¿Cuál es el grande mandamiento? Es el luxo, el amor propio, y la vanidad mas insufrible. Pecadores, guardad pues un profundo silencio, porque no es á vosotros á quienes toca responder á una pregunta tan interesante, porque vuestras obras desmentirian infaliblemente vuestras palabras. A vosotras, almas justas, os toca enseñar que el amor de nuestro Dios es el primero y el mas grande de los preceptos. Es el primero, no solo porque está á la cabeza de la ley, sino tambien porque abraza todas las otras leyes: de manera que el Christiano que se muestra fiel á todas, y desprecia ésta, se hace prevaricador de la ley en toda su extension. El es el mas grande por su naturaleza, porque Dios es su principio. En su objeto arregla los afectos de nuestro corazon: en sus efectos eleva al hombre sobre sí mismo, por la union que le da con su Dios; y en su fin Dios mismo debe ser la recompensa infinitamente grande. Si juzgamos del resto de los preceptos por el primero, ¿no convendreis con el Apóstol San Juan en que los mandamientos del Señor no son gravosos? ¿Qué ley

mas consoladora y mas dulce que aquella que nos ordena á amar á un Dios? ¿Quién soy yo, preguntaba en otro tiempo San Agustin, para que me honre el Señor con un mandamiento tan grande como el de amarle? Sí, Dios mio, sería mi corazon el colmo de la avaricia si vos no le satisfacieseis. En efecto, hermanos míos, ¿qué recursos en el cumplimiento de este precepto! Amarás á tu Señor Dios de todo tu corazon, y nada te agradará sino lo que sea conforme á su ley. Christianos, no temais que os falte el sustento, aunque todo el mundo se vea sobrecogido por la miseria. En las tentaciones mas violentas conseguireis la victoria. Amad sinceramente á vuestro Dios, y este amor os allanará todo lo que parece mas difícil en la ley. Todo lo que perdais por causa de las criaturas será recompensado sobradamente por este amor. Amad constantemente á vuestro Dios, y si estais afligidos, os consolará este amor: si estais inciertos y dudosos, este amor os ilustrará: si los enemigos de vuestra salvacion intentan seduciros y perderos, este amor os afirmará, y por mas vastos que sean los

deseos de vuestro corazon, este amor los llenará.

El amor de Dios, hermanos míos, es capaz de reproducir aquel efecto milagroso que el pueblo Judío encontraba en el maná en medio del desierto. Sí, este alimento delicioso lisongeará, y se acomodará al gusto de todos. El Christiano que sabe gustar de las delicias del Señor, experimenta en el desierto de esta vida el consuelo y los recursos que tuvo el pueblo Judío, de manera que se ven colmadas por este amor todas las inclinaciones mas opuestas entre sí luego que son legítimas. Si sois sensibles á la gloria, amad á Dios, y acordaos que no hay honor que sea capaz de igualar al que disfrutan sus amigos. Si codiciáis los tesoros y las riquezas, amad á Dios, que es el autor de todo don perfecto, y el Dios de todos los consuelos. Si la voluntad tiene algunos atractivos para vosotros, amad á Dios, y acordaos, que no es una simple efusion, sino un torrente de delicias que prepara á los que le aman. Si la tranquilidad, el reposo y la paz son las inclinaciones favoritas de vuestro corazon, amad á Dios, porque el

corazon no dexa de estar agitado sino quando repose únicamente sobre su Dios, dice San Agustin.

Aunque este precepto sea el mas grande, y que propiamente hablando, se pueda decir que supone el cumplimiento de todos los demas; Jesu-Christo hace notar á los Fariseos otro muy semejante á él, y es; el de amar á nuestro próximo como á nosotros mismos. En efecto, es semejante al primero, porque puede decirse que tiene el mismo principio, el mismo objeto y el mismo fin: de manera que en el cumplimiento de estos dos preceptos depende toda la Ley y los Profetas.

Notad, hermanos míos, que no es libre la eleccion de uno de estos dos preceptos, porque ambos son de igual necesidad, de suerte que Dios no tiene por verdadero amor sino el que se apoya sobre estos dos fundamentos inalterables. El homenaje de un corazon donde reynasen la indiferencia y el desprecio del próximo, seria desechado, así como tambien todo acto de humanidad, de generosidad y de justicia que no estuviere santificado por el amor que se le debe.

Esta reflexion no parecerá inútil si se considera que hay muchos Christianos que viven tranquilos porque practican uno de estos dos mandamientos mientras que olvidan enteramente el otro. ¿No es este el juicio que deberemos formar de todos esos Christianos devotos que forman escrúpulo de omitir una oracion, de faltar á un exercicio de piedad, de no freqüentar los Sacramentos en las grandes solemnidades, mientras que con relacion á la caridad fraterna faltan á las obligaciones mas esenciales é indispensables, tratando con desprecio y dureza á sus inferiores y semejantes, cerrando su corazon á las miserias de sus hermanos, negando su oido á las necesidades públicas, y mortificando con su mal genio y aspereza á quantas personas tratan por necesidad con ellos? Si se dice á estos Christianos, amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, y para esto habeis de orar con freqüencia, y cumplir con toda fidelidad las obligaciones de nuestra religion santa, no pondrán la menor dificultad, y dirán que es muy justo manifestar por estos medios su gratitud á aquel Señor que tantos beneficios les hace; pero no

manifestarán tanta conformidad, si se les añade, amarás á tu próximo como á tí mismo, en inteligencia que este próximo es una persona indiscreta y mordaz, que os ha quitado la opinion sin temor ni respeto alguno: que este próximo es un ribal que procura su fortuna con destruccion de la vuestra: que este próximo es un hijo indócil que turba la paz de vuestra casa: que es un criado insufrible, insultante y de mal modo: que es una esposa que abandonando sus obligaciones, lo refiere todo á su comodidad, y á la satisfacción de todos sus caprichos: de un esposo corrompido, jugador y malgastador de aquellos bienes y rentas que debian hacer la subsistencia de su casa. Este es el próximo á quien habeis de amar como á vosotros mismos, y á quien por consecuencia debeis perdonar todas sus flaquezas; tolerar sus injurias; suavizar la dureza de su carácter, y tomar aquellas medidas que sean mas conducentes para su correccion y reforma. Christianos, lo repito, este es el próximo á quien habeis de amar, esta es la ley del Señor; pero temblad considerando quan distantes estais de su observan-

cia. Qualquiera falta en este precepto, por pequeña que os parezca, es de grande consecuencia. El amor del próximo consiste en desearle el mismo bien que deseais para vosotros: en ser tan sensibles á sus males como lo sois á los vuestros: en tratar su honor con tanta delicadeza como teneis por vuestra reputacion: en considerar y contemplar sus flaquezas como las propias vuestras, y finalmente en mostrarle tanta indulgencia como pedis para vosotros mismos. Hermanos mios, obrar de otra manera es quebrantar abiertamente este precepto, y evadir sus principios. No consiste el amor del próximo, como piensan muchos, que no tienen inteligencia de este grande mandamiento, en esa indiferencia habitual que mostrais en sus desgracias: no basta decir no le aborrezco, como decian los Fariseos; es preciso amarle como á vosotros mismos. El odio secreto que devora vuestro corazon: esa paliada animosidad que le despedaza: esa frialdad en todo aquello de que puede resultarle algun provecho: esa poca disposicion para prevenirle y obligarle, son otros tantos vestigios de resentimiento que no han